

EL JUEGO SUCIO

Por Sebastián SALAZAR BONDY

LA CRISIS que vive el Perú ha tenido esta semana expresiones patentes en torno a las cuales la reflexión equilibrada y cabal es necesaria. Es posible prever que dentro de unos años, cuando historiadores y exégetas examinen esta época, se distinguirá muy nítidamente cómo las fuerzas negativas, las fuerzas de la anti-historia, se resistieron a la transformación que, por madurez, de una parte, y reacción contra el anquilosamiento, de otra, el país se impuso a sí mismo. Porque no es precisa demasiada intuición para advertir que pugnan en la actualidad, en conflicto profundo y decisivo, un impulso vital de la colectividad entera y las toxinas sociales que representan los grupos económicamente poderosos que se oponen al desarrollo peruano. La perspectiva mundial, además, nos proporciona pruebas de que la situación tensa entre ambos factores —el pueblo y la oligarquía— no constituye un fenómeno exclusivamente nacional. La crisis, afortunadamente, no es muerte. Todo lo contrario, se trata de un natural empeño revitalizador, siempre victorioso.

CUANDO UN Ministro —que no es tal por su condición de técnico, sino por la personería que ostenta como líder de la camarilla plutocrática— merece una repulsa como la que Pedro Beltrán ha sufrido en los pueblos del sur, el hecho es síntoma de algo importante. El pueblo, a través de sus instituciones básicas —sindicatos, universidades, etc.—, rechaza en Beltrán menos una política, que es de suyo impopular, que una tradición anómala de gobernar dando limosnas en las horas difíciles y guardando siempre para los privilegiados la parte suculenta de los beneficios que de leyes y obras provienen. En vano se alega que el Ministro, protegido por la fuerza pública, no abandonó la ciudad que lo repudió, que los paros se cumplieron parcialmente, que se terminó con tal o cual mito —que, a su vez, fue creado por sus propios detractores de hoy—, pues basta que se haya dicho, de manera espontánea y multitudinaria ¡no! para que se perciba el gran distanciamiento que existe entre gobernados y gobernantes. Distanciamiento, cabe añadir, que no necesitaba del testimonio concreto de Ayacucho y Cuzco para que fuera visible. La chequera —poderoso caballero es Don Dinero, ya lo lamentó Quevedo— puede poner sonrisas en algunos rostros, pero no, por supuesto, mover la mano del elector en la cámara secreta del sufragio, si éste es libre. La mano actúa, si se la protege de la coacción o la amenaza, de acuerdo al pensamiento general, suma de convicciones acumuladas en seis años de olvido, opresión y desdicha.

SE MANIFIESTA la crisis presente —repetimos: lucha de dos fuerzas, una nacional, multitudinaria, otra de círculo; generosa y libertaria aquélla; mezquina e interesada ésta— en el hecho de que el político, portavoz de la minoría oligárquica, se ampara en el Estado para ganar terreno a su contrincante popular, en tanto que las masas sólo tienen su número, la plaza pública (y no enteramente), sus recortados derechos cívicos y, cuando todo se le ha cerrado, las piedras de la calle. El juego es pues, sucio, porque el más poderoso en medios se apodera de la institución nacional para usarla como un vehículo más de sus ambiciones. En la lista honrada, Pedro Beltrán y sus pocos parudarios no hubieran contado con la ventaja de una investidura que no poseen para realizar campaña electoral ni promoción política alguna.

A EL, YA lo sabemos, le importa un bledo todo esto. Su objetivo es claro: continuar en el poder bajo el signo de la "convivencia", que ha sido tan buen rubro para sus poderdantes de la oligarquía y de las empresas que, como la International Petroleum, necesitan de la miseria para que la riqueza las acompañe. Pero al país anónimo, al hombre que sufre de los bajos salarios y el alto costo de la vida, que padece la grisura de una existencia sin horizontes, le importa mucho que el Perú emprenda la transformación a fondo cuya meta es el bienestar y el progreso.